Irlanda, 1947. El tiempo pasa despacio. Aine escucha los rumores que llegan de la ciudad, de aquellos que viven en casas y transitan calles abarrotadas que desembocan en el mar. Libertad, libertad... Todas las canciones que canta el viejo Dan hablan de libertad. La libertad está en el camino, suele decir, pero a Aine esa libertad se le antoja cada vez más escurridiza. El traqueteo de la carreta la ayuda a dormir, a soñar con lugares en los que nunca ha estado, y a los que sabe que no llegará; no con su familia. El murmullo de la ciudad resuena con más fuerza en su cabeza, pero a su alrededor no hay más que campo. Todos dicen que en las ciudades no son bienvenidos. Las canciones del viejo Dan hablan del "pueblo caminante", pero las que llegan de la ciudad hablan de nómadas irlandeses que vagan por los campos envueltos en miseria.

"Morirás sola", repiten los más viejos de la familia cuando Aine sueña despierta con vivir en la ciudad. 19 años, tres meses y 12 días es lo que lleva viajando sin saber adónde va.

"La incertidumbre es lo que nos hace fuertes", suele decir su padre. Una profunda incertidumbre que siente como un pinchazo cada mañana al despertarse. Una incertidumbre que trae consigo el sabor amargo de la libertad.

El clan ya no mira del mismo modo a Aine desde que atesora "recuerdos".

No puede evitar sentirse atraída por lo que otros dejan en el camino. Recuerdos de personas a las que nunca conocerá, en lugares olvidados.

Cada vez que mira a través de los binoculares con los que tropezó en el bosque, o lleva el reloj de cadena que encontró cerca del río, siente un pinchazo de incertidumbre esperanzador. Le gusta disparar la cámara fotográfica que halló en los arbustos, aunque esté vacía, y aunque quizás nunca tenga con qué llenarla. A su familia no le gusta que lleve las gafas de sol que recogió en la carretera antes de un cruce, ni el sombrero que el viento llevó a la arboleda mientras montaba a caballo.

Aine imagina que los "recuerdos" han sido dejados en el camino para que ella los encuentre, o que el viento los envía para que descubra sus misterios.

Su abuela dice que es una urraca, que nunca tendrá suficiente si persigue vidas que no son la suya. Quizás tenga razón, y sea el momento de saber hacia dónde va y de dejar de perseguir fantasmas. Se acerca el verano, y la brisa trae consigo el murmullo de los caballos y el olor de las judías que su madre cocina en el fuego. Todos se reúnen y cuentan historias, y Aine sabe que algún día, cuando esté en la ciudad, contarán la suya.